**Viaje en autocar**

Estoy sentado en la primera butaca del autocar, junto a la puerta de entrada. El conductor está medio metro más allá, a mi izquierda. A través del parabrisas, por lo tanto, puedo ver sin ningún impedimento el camino que se abre frente a nosotros. Y puedo ver también al chófer, aunque solo de perfil, sujetando el volante con las dos manos y curiosamente inclinado hacia adelante, como queriendo beberse la carretera.

Desde que salimos de H. me siento alarmado por su forma de conducir. De vez en cuando se acerca peligrosamente al arcén derecho de la carretera. Otras veces, sin razon aparente, circula por el centro de la calzada, exponiéndose a chocar con cualquiera de los vehículos que vienen en dirección contraria. No me queda pues más remedio que llegar a la conclusión de que ese hombre es miope y que mueve el volante en función de las confusas marcas que se van formando sucesivamente en su débil retina.

La carretera se hace cada vez más peligrosa. Por la derecha bordea un precipicio que cae en picado sobre el mar. Por la izquierda el tráfico es bastante intenso. El accidente puede producirse en cualquier momento y me considero, por tanto, en la obligación de advertir a los demás pasajeros del riesgo que estamos corriendo.

– Señores – exclamo, levantándome del asiento y volviéndome hacia los demás –. Nuestro conductor es un miope de tomo y lomo. Acabo de descubrirlo hace un instante. Propongo, por lo tanto, que le obliguemos a detener el autocar. Desde la cabina más próxima telefonearemos a la agencia de viajes para pedirle otro chófer.

* ¿Quién dice que soy miope? – protesta el chófer, sin apartar la mirada de la carretera.

 – Conozco a ese hombre – observa la anciana cargada de joyas que viaja precisamente en el asiento posterior al mío –. Es un conductor excelente. No es la primera vez que viajo con él y nunca hemos tenido un accidente.

– No obstante – balbucea otro pasajero –, a mí me parece que estamos haciendo demasiadas eses.

– Hace un momento estuvimos a punto de topar con un tractor – apostilla un muchacho de pelo rojo que viaja en uno de los asientos de la izquierda.

– Sin embargo – reflexiona un hombrecito de aspecto atildado, de esos que parecen confiar siempre en el sentido de la responsabilidad de los demás –, sin embargo, ¿cómo iba la agencia de viajes a confiar nuestras vidas a un chófer miope?

En total viajamos en el autocar veinte personas, de todas las edades y condiciones. La disparidad de opiniones es absoluta. Para algunos, el chófer conduce correctamente. Otros, sin entrar a considerar si es o no miope, dicen que conduce con imprudencia temeraria. Hay también pasajeros que no demuestran el menor interés por dar a conocer su opinión, como si la cosa no les importase, o no sintiesen ningún apego por sus vidas.

– Vivimos en una democracia – exclamo –, sometámoslo a votación.

– Hagan lo que prefieran – dice el conductor–, pero les adelanto que pienso seguir conduciendo hasta llegar a nuestro destino. No puedo detener el autocar en medio de la carretera y esperar a que venga otro conductor a reemplazarme.

– Los que decidan interrumpir el viaje – exclamo –, que levanten el brazo.

Lo hacen doce pasajeros, es decir la mayoría. Creo que es la primera vez en toda mi vida que alguna proposición mía es aceptada por alquien que no sea yo mismo. Me acerco al conductor y le invito a que detenga el vehículo.

– Ni hablar – responde el miope, esquivando en el último instante un tractor cargado de heno.

– ¡No le haga caso, no le haga caso! – brama la anciana enjoyada –. ¡Siga usted al volante! ¡Continúe conduciendo! ¡Le conozco bien, sé que es usted un excelente conductor, y respondo por usted!

Me gustaría saber quién responde, a su vez, por esa arpía. Otros pasajeros, sin embargo, apoyan mi propuesta.

– ¡Deténgase! – brama un hombre gordo, temblando como un flan.

– ¡Pare usted este maldito autocar inmediatamente! – chilla una mujer vestida de negro.

– ¡Adelante, adelante! – grita el hombrecillo atildado, esgrimiendo un paraguas.

Es como si hubiese metido una zorra en un gallinero. No me parece oportuno, sin embargo, llegar a las manos para tratar de imponer nuestra voluntad. De ese modo solo conseguiremos aumentar notablemente las probabilidades de un accidente. Tranquilizo pues a mis partidarios y les propongo ir a sentarnos a la parte trasera del autocar, donde los efectos de un choque podrían ser menos graves. Los otros viajeros, para demostrar su confianza en el chófer (pero, sobre todo, para evidenciar su alegría por haber impuesto su criterio), empiezan a cantar a coro.

El viaje prosigue peligrosamente. El autocar continúa dando bandazos y me parece un milagro que no nos hayamos despeñado ya por el precipicio. Las horribles canciones se suceden y el conductor, enloquecido finalmente por la algarabía, se vuelve hacia los cantores.

– ¡No se sientan ustedes tan ufanos! – estalla, señalándose los ojos con el índice de la mano derecha. ¡No canten victoria, porque realmente no puedo ver ni tres en un burro! ¡Desde que salimos de H. estoy conduciendo al tacto!

Se hace por fin en el autocar una silencio sepulcral, pero ya es tarde para someter el asunto a nuevas votaciones. La carretera termina cincuenta metros más allá, al borde del precipicio, y el chófer no demuestra la menor intención de pisar el freno.

Javier Tomeo, *Problemas oculares* (texto adaptado)